

La misión de Jesús: Nazaret, escoge colaboradores

*P. Miguel Elizondo, sj**

Primero, voy a destacar algo que llama la atención: cómo se presenta Jesús desde la experiencia de su bautismo en su pueblo concreto. En segundo lugar, atenderé a los pasos que da. Son los primeros pasos que nos ponen los evangelios en orden a llevar a cabo esta experiencia.

En primer lugar, Jesús, desde esta experiencia que tiene en el bautismo, se presenta en ese pueblo concreto a anunciar con una certeza absoluta que Dios ha tomado en sus manos este mundo nuestro para salvarlo. Y al presentarse en la situación concreta de su pueblo, se presenta sin ninguna añadidura, ni de ciencias, ni de poder, ni nada. Como quien dice, despojado de todo. Con eso va a iniciar, a llevar a cabo la experiencia que acaba de recibir. La va a anunciar, y empieza a anunciar a un pueblo que estaba seccionado en grupos: los hijos de la luz, los hijos de las tinieblas, es decir, grupos selectivos en los que se creían el resto de la salvación en Israel. Después vienen fariseos, esenios, publicanos, pecadores, etc. Y luego, toda la situación religiosa que esto supone: ya sabemos lo caro que le costó a Jesús anunciar esta experiencia en el mundo religioso, por excelencia, de su pueblo. Está, además, la situación social, política de ese pueblo completamente dominado por un pueblo extraño, de fuera; y la situación que aparece en la vida de Jesús, de desquiciamiento, cuando Jesús se presenta con una certeza absoluta de que hay salvación cuando la situación no da, absolutamente, para esperar salvación, que esto pueda tener arreglo:

* Sacerdote jesuita. Dirige Ejercicios Espirituales y acompaña al Instructor de Tercera Probación en Guadalajara, México

esa historia de miseria, de dolor, que no da motivo ni ocasión para que explique razonablemente la certeza absoluta de salvación, característica del mensaje de Jesús. Esto, realmente, no se podía esperar en ningún movimiento, en nada.

Entonces la pregunta es: ¿de dónde le nace a Jesús esta certeza absoluta? De esta esperanza, patente en el anuncio de salvación que viene con el Reino de Dios, desde luego, supuesta esa relación peculiar por la que Jesús habla de Dios como Padre. El fundamento de esa esperanza es una experiencia de contraste: por una parte, la inexorable historia humana de miserias, discordias, injusticias, esclavitudes lacerantes; y en ese fondo, la peculiar experiencia de Jesús, su vivencia de Dios como Padre, su trato con Dios, pero con un Dios en el que toda su solicitud es contraria al mal, que viene, exclusivamente, a provocar el bien, que no puede reconocer la supremacía del mal como última palabra de la humanidad.

Esta experiencia de contraste configura, en definitiva, su convencimiento y anuncio de la soberanía liberadora de Dios, que puede y debe realizarse ya, en esta historia, tal como Jesús la experimentó en su propia vida. Es la experiencia de Dios como Padre que se preocupa de dar un futuro a sus hijos; una vivencia de un Dios Padre que proporciona un futuro a todo aquel, que humanamente no puede esperarlo. Ésa es una realidad, así se presenta Jesús. Y por eso, a partir de esta vivencia Jesús puede anunciar a los hombres el mensaje de una esperanza que no es deducible de nuestra historia ni de experiencias individuales o sociopolíticas, aunque dicha experiencia tenga que realizarse en este mundo. En definitiva, es la singularidad de la experiencia de la paternidad de Dios, en este sentido de generador de vida, de engendrador de vida donde no hay esperanzas de vida profunda. Es una vivencia de Dios como potencia que libera y que ama a esta humanidad nuestra.

Ante el panorama de la historia real donde se centra Jesús, la de su pueblo y la de todo el futuro de las situaciones tan repetidas, agravadas, desde luego, es un Dios para el que todo es posible, *todo es posible*. Y por eso Jesús va a invitar, constantemente —invitar, no imponer—, de palabra y de obra a creer en ese Dios. Éste es el sentido

de toda su actividad. Si se elimina de la vida de Jesús esta particular relación con Dios, se destruye su mensaje y el sentido de su praxis, de su vida; es negar la realidad histórica de Jesús de Nazaret y convertirlo en un ser ahistórico, mítico o simbólico.

Hay quien basa su vida en Jesús prescindiendo de su vivencia, y de hecho, muchas veces en la misma Iglesia se ignora. Por eso se ha dicho que una de las tentaciones que podemos tener es la del ocaso de la metafísica, es decir, el ocaso de este ser hijo de Dios que hay en Jesús, esta relación con Dios, y la de quedarse con un Jesús que produce una utopía, pero por el que, entonces, no tendríamos motivo alguno para creer en un mundo mejor y en una salvación definitiva. Todas nuestras esperanzas de un Reino universal de paz serían el reverso utópico de nuestra negativa histórica de discordias, injusticias, y sufrimientos. Habría, en ese sentido, una fuerza crítica, aun en ese Jesús sin esa relación, pero no una promesa real capaz de suscitar una esperanza positiva en nuestro mundo. Esto es algo que llama la atención para hacer ver la calidad original y originante de toda la novedad que va a surgir de Jesús, que se basa, realmente, en esa raíz profunda de su relación con Dios como Padre que se ha volcado en Él para nosotros.

Y entonces, ¿qué es lo que va a proponer Jesús a lo largo de toda su misión, el fondo real, a través de palabras, actividades etc.? Desde luego, no un sistema, ni de dogmas, ni de leyes, ni de ritos; no aparece esto para nada. Más bien una actitud fundamental de entrega filial, total, en manos de ese Dios Padre; y una disponibilidad total al servicio del prójimo. Por eso, en lugar de sistemas de cualquier tipo, lo que Jesús nos va a dar para capacitarnos para vivir esto es su mismo secreto, su mismo Espíritu, *su mismo Espíritu*. Esto es lo que, desde la misma transformación de los apóstoles y de las primeras comunidades cristianas, aparece; y lo que realmente se vive es este viento del Espíritu, esta fuerza del Espíritu (no hay más que abrir los *Hechos de los Apóstoles*). Y eso es lo que moviliza y lo que ciertamente transforma a aquellas primeras comunidades que reciben el Espíritu, recibieron el Espíritu, porque los que anunciaban lo tenían y anunciaban esto especialmente.

Este es nuestro gran reto, yo creo, en general; se ha dicho que el cristianismo debe volver al mensaje original de Jesús, a una profunda transformación no de su ser, sino de su modo de ser. Pero se dice que

el Occidente ha excluido al Espíritu de su cultura, una cultura centrada en la técnica, en la ciencia, en las enormes posibilidades humanas que se van experimentando, en los grandes descubrimientos, en el bienestar, etc.; y todavía se atreve a decir alguien que ni siquiera el cristianismo parece tener los recursos para recobrarlo. Éste es el reto y esta es la nueva evangelización, pienso yo: volver a los orígenes de esta experiencia de Jesús, en la que está todo el ser de esta nueva realidad cristiana en el mundo.

Pablo VI lanzó un nuevo reto en su encíclica *Evangelii Nuntiandi*, invitando a la Iglesia misma a una genuina conversión e indicando el verdadero sentido de una nueva evangelización en los albores del siglo XXI. Dice el Papa: «la Iglesia siempre tiene necesidad de ser evangelizada si quiere conservar su fervor, su impulso y su fuerza para anunciar el Evangelio. El Concilio Vaticano II [sigue diciendo] ha recordado y el Sínodo de 1974 ha vuelto a tocar, insistentemente, este tema de la Iglesia que se evangeliza a través de una conversión y una renovación constantes, para evangelizar al mundo de una manera creíble». Y esto, ciertamente, qué lejos está de la autosuficiencia del evangelizador que cree poseer ya definitivamente: tiene que ser convertido, tiene que convertirse constantemente; nos tenemos que convertir. Y convirtámonos a este origen originante de toda la novedad cristiana.

El segundo aspecto que quería tocar es el de los primeros pasos que siguió Jesús que nos presentan los evangelios. Es algo a lo que ya uno se acostumbra, pero es algo insospechado: es buscar colaboradores; siendo Hijo de Dios, buscar colaboradores. Así nos lo presentan los evangelios en Mc 1, 16-20 y 2, 13-14; Jn 1, 38-43.

Lo llamativo es, adónde se dirige, a quiénes se dirige. Otra vez aquí, tenemos que tenerlo siempre presente, nuestro instinto religioso nos haría pensar: «se irá al Templo, irá a buscar allá donde están los entendidos en la Biblia, los levitas, los sacerdotes»; pero no hay en absoluto que pensar en esto. Jesucristo, ¿qué hace? No abre una escuela o una academia para enseñar su doctrina, como hacían los rabinos, se puso en la calle a proclamar la Buena Noticia. No esperó a sus discípulos en casa después de haber puesto un anuncio, sino que fue por los caminos buscándolos él mismo, por su cuenta, donde están y

como son: con su mentalidad judía, con su religión judía, con su cultura judía y con su rango social —no el más bajo, pero, sí el de una situación social buena, pero normal—. Es decir, a los mismos que viene a salvar va a buscarlos para colaborar, colaborar en toda esta experiencia de Dios, en esta misión de Dios.

Jesús va a desaparecer un día como hombre, y, ¿quién va a proseguir, quién va a hacer visible, quién va a transmitir esta experiencia salvadora de la humanidad? Ellos y nosotros, aquí estamos todos. Aquí se ve la humanidad de Jesús, que siendo hijo de Dios parecería que se bastaba sólo para hacer siempre visible o invisiblemente lo que tenía que hacer. O que tendría que traer, no sé, ángeles del cielo para poder responder a la magnitud de una empresa como es proseguir su misión. Pues no, nosotros, pobres de nosotros, ¿verdad?

Entre los que va a llamar, va a haber diversidades. Ciertamente, a nadie que estuviera encargado de vocaciones, se le hubiera ocurrido juntar un judío con galileos, un zelota con colaboradores romanos (como era Mateo), etc. A estos los va escogiendo Jesús para, con ellos, seguir adelante y llegar a las extremidades no solamente del mundo, sino de los tiempos. Y por eso, quizá, el representativo de este llamamiento puede ser Mateo, (Mc 2, 15-17): un publicano colaborador de romanos que va a meter aquí. ¿Qué pensaría Pedro cuando se vio con éste? ¿Y el que fuera zelota? Era, pues, un pecador público, un excluido, excomulgado de la religión, por supuesto, y de la nación. Le van a achacar a Jesús el que lo haya elegido, el que celebre una comida de celebración con éstos. Y la respuesta de Jesús fue que no vino a buscar sanos, sino pecadores.

Comentando esto, el Padre Martini dice: «Jesús pronuncia esta frase —“he venido a buscar no a los sanos, sino a los enfermos, no a los justos, sino a los pecadores”—. Después de que ha llamado a Mateo, claramente un pecador, un amigo de publicanos, no me parece que Jesús diga genéricamente, la frase “he venido para los pecadores”, sino más precisamente, es a los pecadores, a quienes yo he llamado a seguirme en la misión, a colaborar conmigo. Los que han reconocido su situación de pecador son aquellos en lo que me puedo confiar; son los que se han dejado liberar por mí, a ellos los recibo con gusto como discípulos». Y por eso termina Martini diciendo: «Señor, te doy gracias

porque me llamas así como soy, débil, incapaz de hablar, como Jeremías, con los labios manchados como Isaías, hostil a ti como Pablo, torpe calculador como Pedro. Tú me llamas como has llamado a cada una de estas personas. Me llamas porque soy así y acepto serlo, reconozco serlo». Hay que detenerse, pues, en este llamamiento de Jesús que nos toca de lleno a todos y es para todos nosotros.

Este momento de llamamiento de Jesús es un momento de inmensa importancia en la historia del cristianismo y del mundo, al crear Jesús el apostolado misionero de enviados.

Las ondas lejanas de este gesto suyo golpean todavía hoy las extremidades del mundo; pero el gesto parte de las profundidades de su ser, como el mensaje que Él nos confía, como el poder con el que nos arma, como la ley de renuncia, de consagración, de servicio que nos impone. Es en el alma y en la conciencia de Jesús donde hay que buscar el origen de todo, porque la conciencia de sí mismo es ser enviado, ser apóstol en el sentido total. Su mensaje (y es el que nos confía) es su mismo pensar; la consagración es su amor; el servicio es su acción, lo mismo que su autoridad, es decir, su capacidad, su poder (que nos da) son su autoridad, el poder de Jesús. Y su gracia es su unción misma y su Espíritu mismo: «el Espíritu del Señor sobre mí», es ese mismo Espíritu el que va a compartírnos, al que va a llamarnos Jesús.

¿Cómo forma a estos hombres? Desde luego, con ninguna universidad de teología, de Biblia, de saberes. Los forma conviviendo, los forma en la experiencia de su ser y de su vivir. Y el objetivo, por eso, de Jesús con la comunidad que va formando, que ahora forma con nosotros, es hacer el espacio único del acontecer del reino de Dios; hacer espacio a que realmente acontezca el reino de Dios ahí, en esa experiencia con Él, para que seamos testigos, memorias visibles de la voluntad de Dios, su Padre, sobre todos los hombres. Esto quiere decir la comunidad como testimonio concreto, el anuncio mismo del reino de Dios.

La comunidad buscada por Jesús es no sólo abierta a la solidaridad con los más débiles, sino una comunidad memoria, viviente, del acontecer de esta experiencia de Dios, del reino de Dios; y que, por lo tanto, debe insertarse significativamente, es decir, siendo memoria viviente en la gente, para impregnar desde dentro de las personas y

generar en ellas comportamientos y valores coherentes con el reino de Dios. Todo el formar, en este sentido, de Jesús es compartirles esta misma experiencia con paciencia enorme, porque tiene que chocar con toda la estructura religiosa que tienen, con el Dios que tienen. Aquí sí que hace falta resaltar, cuando hablamos tanto de las dificultades que encontramos en la evangelización, que este secularismo con el que nos encontramos hoy fue la religiosidad que encontró Jesús, que tiene que superar, que tiene que hacer renacer, como le dice al judío aquél; que tiene que enfrentarse frontalmente en la manera de interpretar la relación con Dios, desde la manera concreta con que vino a parar aquella sociedad. Por eso, cuando ven lo que hace Jesús con el sábado, ya desde los comienzos de su vida, dice San Marcos que se unieron los que estaban separados, divididos —herodianos, fariseos, judíos—, para liquidar a Jesús cuando vieron lo que hacía.

Jesús tuvo que hacer todo este trabajo con estos judíos, irles compartiendo esa experiencia de Dios. Y por eso tiene buen cuidado Jesús de no comenzar a hablar de oración y demás con estos hombres, porque en el evangelio se ve, sí, que Jesús oraba, que Jesús se levantaba muy temprano e iba a orar; ellos seguían dormidos, Él no los llevaba a orar con Él. Ni se ve que tenga ninguna preocupación de oración con estos hombres hasta muy entrada la experiencia con ellos, cuando están subiendo a Jerusalén (nos cuenta San Lucas, capítulo 11), a través de una oración que hizo Jesús estando ellos allá —pero cuando surge la pregunta no de Jesús a ellos, lo que es bien significativo—.

¿Cómo es nuestra oración? ¿Cuál es nuestra oración? Es decir, Jesús sabe que no puede hablar de su experiencia de Dios de buenas a primeras con estos hombres, sino que tiene que ir esperando pacientemente hasta que salga la pregunta inquietante de ellos: «cuando los fariseos tienen sus oraciones, los de Juan Bautista tienen sus oraciones..., las nuestras, ¿cuáles son, qué son?». Y no hay oraciones, sino es *la oración*. Es cuando Jesús responderá con esa simplicidad infantil, digámoslo así (porque desde niños hemos sabido, por lo menos, pronunciar esa oración), pero con gran hondura y les presenta el Padre Nuestro, una oración que no está hecha de oraciones litúrgicas, de oraciones sagradas, de oraciones pasadas, sino que está hecha de las grandes inquietudes del Reino.

Esto es lo que tuvo que vivir Jesús. Por eso sigue adelante en la paciente formación de estos hombres, que saldrán con *patas de banco* en cualquier situación, y Jesús los aguanta y nos hace ver una vez más cómo se sitúa siempre en lugar humilde, es decir, en esa actitud de siervo; no de dios dominante, sino de siervo; en ese vaciamiento de sí mismo. Y por eso decimos que, realmente, creer es acoger esta humildad de Dios y entrar en su misma *kenosis* o vaciamiento. Pero siempre la fuerza radical de esta vocación nos hace ver que será: como para Él es el Padre, Jesús va a ser para nosotros compartiendo su misma experiencia.

Si se cae en la cuenta de lo que supone el llamamiento de Jesús, si se cae en la cuenta de lo que es hoy proseguir la misión de Jesús, bueno, uno dirá lo que han dicho los que han caído en la cuenta: cuando Moisés recibió la misión de liberar, lo primero que va a decir: «¿quién soy yo para ir al faraón y sacar de Egipto a los hijos de Israel? ¿Quién soy yo?». Cuando Jeremías recibe también la misión de Dios: «¡Ah, Señor Yahvé, mira que no sé expresarme, que soy un muchacho, incapaz para esto!». Isaías, lo mismo, ante la visión en el templo: «Ay de mí que estoy perdido, tengo los labios manchados», no puedo hacer esto. Pedro, cuando tiene también aquella experiencia de la pesca milagrosa, al comienzo, cuando Jesús empieza a llamar, al encontrar a estos hombres, se echó a sus pies y le dijo: «Aléjate de mí, Señor, que soy un hombre pecador». Es decir, viene la experiencia de nuestra impotencia, nuestra incapacidad, etc.

Ante estas reacciones como las que nosotros podríamos presentar, si somos conscientes de lo que es colaborar con Jesús hoy, ¿cuál es la respuesta de Dios y de Jesús?. No es una respuesta que me anima, no, no, «tú tienes buenas cualidades, tú puedes hacer esto, hacer lo otro, ya tienes experiencia». No es eso, sino, simplemente esta: «no temas, Yo estoy contigo». Ésa fue la respuesta: «Yo estaré contigo», no se me responde quién soy yo: «no temas ni te espantes, porque yo estaré contigo en todo lo que hagas» —son otras respuestas que han aparecido de parte de Dios—. Por consiguiente, a mi pregunta acerca de quién soy yo para esto, se me responde con la autocomunicación personal de Dios, *Dios con nosotros*. No se me dice quién sea yo, qué es lo que puedo y qué es lo que no puedo, qué debo y

qué no debo. Se abre ante mí una historia hacia cuyo futuro me conduce la promesa de Dios. Se me ofrece la perspectiva de un nuevo poder ser, pero en comunión con Dios. No se me concede el verme como en un espejo, se me da una perspectiva nueva. Y esto es lo que constantemente hará sentir Jesús cuando los va a enviar ya al mundo. Se encuentra con una comunidad pobre, once, dice San Mateo en el capítulo 28, al final. Falta uno. Y además, allí mismo, dice, empiezan a dudar algunos si será Él o no. Bueno, pues a esta comunidad la va a enviar por todo el mundo. Pero ¿cómo comienza? «Se me ha dado a mí todo poder», es decir, esta comunidad débil, impotente, inestable, va a contar con el poder que comparte Jesús con ellos. «Y yo estaré con vosotros donde estéis día a día, todos los días».

Así, también, en varias ocasiones lo experimentó Pablo en sus luchas tremendas con los judíos: en *Hechos de los Apóstoles* 18, 9-10, en una discusión con los judíos que lo insultaban, dice Pablo: «de noche dijo el Señor: no temas, al contrario, sigue hablando y no te calles, que yo estoy contigo». También en *Hechos* 23,11, en otra discusión de éstas en que está acosado, le dice: «ánimo, lo mismo que has dado testimonio, a favor mío, lo vas a dar en Roma».

Pues ésta es toda la fuerza de nuestro ser. Este vivir, siendo constantemente formados por Jesús, en contacto con Él. Y contando siempre con que Él se identifica con nosotros y que, ciertamente, no puede descuidarnos, porque se está jugando, en la colaboración de cada uno, en los creyentes que hemos creído en Él, el proseguir y el hacer visible la salvación de Dios. Ésta es la misión de la Iglesia, cuando decimos que es sacramento de salvación: no que en ella sola se realiza la salvación, sino que ella testimonia que Dios salva, desde los comienzos hasta el final. Y que eso se ha realizado. Y que nosotros damos testimonio de que eso se ha realizado y se está realizando. Con esto va el dar esperanza, el dar ánimo, el dar ilusión a los que están afuera, a lo mejor, porque realmente, ese Dios, del que se tiene tan equivocada imagen, existe, y es este Dios, el que Jesús nos presenta.